



*La condición vulnerable*

FRAGMENTOS, 86

*Joaquim Mèlich*

LA CONDICIÓN  
VULNERABLE

ENSAYO DE FILOSOFÍA LITERARIA II

*Traducción del catalán*

MARTA REBÓN

FRAGMENTA EDITORIAL

Título original *La condició vulnerable. Assaig de filosofia literària 2*  
Arcàdia, Barcelona, 2018

Publicado por FRAGMENTA EDITORIAL  
Plaça del Nord, 4  
08024 Barcelona  
www.fragmenta.es  
fragmenta@fragmenta.es

Colección FRAGMENTOS, 86

Primera edición NOVIEMBRE DEL 2022

Dirección editorial IGNASI MORETA  
Producción editorial LAIA MARTÍ AMORÓS  
Diseño de la cubierta ELISENDA SEVILLA I ALTÉS  
Fotografía de la cubierta MARTA REBÓN

Impresión y encuadernación ROMANYÀ VALLS, S. A.

© 2018 JOAN-CARLES MÈLICH SANGRÀ  
por el texto

© 2022 MARTA REBÓN  
por la traducción

© 2022 FRAGMENTA EDITORIAL, S. L. U.  
por esta edición

Depósito legal B 20557-2022  
ISBN 978-84-17796-72-3



Esta obra ha contado con la colaboración de la Generalitat de Catalunya, ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte y ha contado con el apoyo del Institut Ramon Llull a la traducción.

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

PRINTED IN SPAIN

*A Maria A. M.*

*Todo ser humano es susceptible de ser herido.*

SIRI HUSTVEDT

## ÍNDICE

1	<i>Pórtico</i>	9
2	Las reglas de decencia	21
3	Cuerpos finitos, cuerpos vulnerables	39
4	El ámbito íntimo	59
5	La fragilidad de los gestos	75
6	La sombra del capitán Ahab	91
7	<i>Telón. La caricia</i>	101
	<i>Lecturas</i>	107

## I

### PÓRTICO

NADIE PUEDE VIVIR SENTADO detrás de una mesa protegido del frío y de las tormentas. Existimos a trompicones. La vida humana no puede eludir los conflictos, las rupturas o las incongruencias. Los momentos en los que todo encaja, los instantes solemnes en los que el orden reina, no dejan de ser oasis efímeros que se desmoronan como castillos de arena en la playa. Convertidos en problemas por nosotros mismos, nos formulamos preguntas que nunca podremos responder, pero tampoco podemos dejar de formularnoslas. Vivimos en un mundo donde el mal, el sufrimiento y la indiferencia están obsesivamente presentes. Nuestra vida no puede esquivar la comedia ni la tragedia. Es en este sentido que digo que la condición humana es vulnerable, porque los rostros de la finitud son ineludibles. La muerte, la crueldad, el sufrimiento y la pérdida son el sinsentido radical, y cualquier intento de superar este absur-

do y de encontrarle una justificación es obsceno. La vida es una historia que no significa nada.

Tenéis en las manos un texto que trata de los cuerpos heridos, de las heridas que infligimos —o que nos infligen—, a veces sin querer. Este relato habla de las cicatrices de los cuerpos y de algunas de las formas que hemos inventado para protegernos del dolor, y también de la necesidad de ser acogidos y acariciados. Esta es la condición vulnerable, una estructura trágica, una forma que no puede esquivar toda vida que quiera calificarse de humana, porque las heridas no solo supuran en las noches de insomnio, sino también en los días serenos y soleados; porque son omnipresentes y, aunque a veces parece que hayan desaparecido, siguen inscritas en nuestros cuerpos para siempre.

La vulnerabilidad es una estructura impura, como cualquier otra estructura, de la condición humana. Sin embargo, su impureza no es únicamente una expresión del mal o de lo diabólico —una suerte de *pecado original*—, sino sobre todo de la ambigüedad y del juego de las situaciones y las relaciones, de la conflictividad de cualquier decisión y de los traumas de toda historia. Somos *walking shadows* ('sombras que caminan') en un escenario en el que el guion ha quedado hecho añicos, somos som-

bras creadas por una moral rodeada de grietas que las demandas éticas abren —a pesar de los órdenes gramaticales— en las pieles y en las entrañas. Somos sombras marcadas por ausencias, por añoranzas infinitas, por heridas que de pronto se vuelven a abrir y que nada ni nadie podrá curar del todo. Somos sombras acosadas por espectros que, tal vez a nuestro pesar, siempre vuelven a hacer acto de presencia.

La vulnerabilidad está ligada a una identidad nunca fijada del todo; una identidad que siempre está expuesta a los otros; una identidad que se construye dentro de un universo de máscaras como el que es, en definitiva, el baile de la existencia; una identidad creada en las relaciones con otros, con amigos y con extraños. En este sentido, definiendo que la vulnerabilidad es la estructura antropológica que expresa la necesidad de la ética, de las relaciones éticas, unas relaciones siempre sometidas, ciertamente, a la provisionalidad y a la condicionalidad, a la improvisación del instante y a la singularidad de los nombres propios. En suma, ser ético es estar ahí, es dar *apósitos* que ayuden momentáneamente a soportar las heridas que provocamos y que nos provocan las situaciones de la vida cotidiana. Para pensar la vulnerabilidad de la condición humana, pues, será necesario acercarnos a la materialidad de los cuerpos

heridos y, para hacerlo, habrá que iniciar una reflexión sobre la condición vulnerable de la vida desde una filosofía literaria.

A pesar de que he hablado de ello en otros libros, hay que recordar algunas ideas de esta filosofía. Diría, a grandes rasgos, que hemos sido colonizados por una visión del mundo a la manera metafísica, es decir, en la forma de una «duplicidad». La metafísica es un sistema —y una forma de vida— que defiende la existencia de una realidad transhistórica, que supuestamente es más real que la realidad sensible. En otras palabras, un sistema metafísico cree en la existencia de un «ser» o una «realidad» inmutable, universal y eterna que da Sentido —en mayúsculas— a la vida humana, y que, por lo tanto, la orienta y dirige. Esta última es una idea fundamental: toda metafísica tiene —con mayor o menor grado o intensidad— un contenido moral. Por eso, la visión metafísica del mundo no solo «duplica» la realidad, sino que también pretende haber descubierto *algo* (el nombre aquí es irrelevante) que legitima y normativiza el mundo sensible, la vida cotidiana, y que conduce por el «buen camino» a las vidas que la habitan. La idea central que pongo sobre la mesa es, pues, que todos los sistemas metafísicos son sistemas morales, o tienen consecuencias

morales. O dicho de otro modo: toda metafísica es una fábrica de buena conciencia que legitima las acciones y las decisiones, y que por eso mismo tiene, de forma más o menos explícita, un componente moral, pero también político, estético, pedagógico e incluso teológico. Porque es moral, la metafísica cree que puede resolver definitivamente, de una vez por todas, el conflicto inherente a las vidas humanas y, en consecuencia, su vulnerabilidad. La metafísica impone una visión del mundo clara y transparente desde el momento en el que desvela el principio supremo y rector a partir del cual todo se origina y del cual todo depende. La metafísica cree haber descubierto la «variable independiente» que tiene que orientar la condición humana. Por eso, la primera tesis que quiero defender es que no hay vulnerabilidad en un mundo metafísico, y no la hay porque en un universo metafísico no hay problematicidad, ni ambigüedad, ni situacionalidad.

Para la visión metafísica del mundo, «todo lo que es», si es que realmente «es» —y no es un simple producto de la imaginación—, tiene que poder ser definido con ideas claras y distintas y, por lo tanto, tiene que ser comprendido y asimilado, y también ordenado, sometido a un orden, conceptualizado. Y es en función de esta ordenación que se les dirá



a los sujetos empíricos qué tienen que hacer. Esto significa, ni más ni menos, que en la visión metafísica del mundo, primero es la *ontología* y después la *deontología*. Aún más, la deontología —lo que hay que hacer— queda legitimada por una ontología —lo que es—, y por eso en los sistemas metafísicos no hay nada heterogéneo, extraño ni exterior. Un pensamiento metafísico está convencido de que es posible la reconciliación en un único principio y, en consecuencia, se presenta, como he dicho antes, como la negación de la vulnerabilidad. Hay un único principio supremo que da sentido *a priori* y orienta los comportamientos de toda la multiplicidad y heterogeneidad de la vida. Incluso podríamos decir que si, en el fondo, todo es clasificable, todo es ordenable, todo es definible, lo que no lo sea provisionalmente, o aparentemente, también puede y tendrá que acabar por normalizarse. Para la tradición metafísica occidental, de la que somos herederos, todo se puede normalizar; es más, esta tradición puede ser entendida como un macroproyecto de normalización. Con algún temor, me atrevería a decir —inspirándome en Franz Rosenzweig y Emmanuel Levinas— que, a grandes rasgos, la cultura occidental se ha configurado sobre la base de este principio. Desde Grecia hasta nuestros días Occidente ha

vivido bajo el influjo de esta idea obsesiva que solo unos pocos se atreverán a cuestionar: pensar y ser es lo mismo. Insisto: según el pensamiento metafísico, todo «lo que es» —si realmente es— ha de poder ser definido, ordenado, clasificado, analizado, comprobado. «Lo que es» es claro y distinto.

Toda metafísica, sea del signo que sea, parte de una idea central: existe algo no problemático —no ambiguo—, algún principio claro y distinto que, por eso mismo, tiene que encontrarse fuera del mundo, al margen del espacio y del tiempo, de la finitud, de las relaciones y de las situaciones, porque solo *allá* puede poseer estas características. Este principio niega la vulnerabilidad de la condición humana y da sentido firme al pensamiento y a la acción. Esta imagen del mundo es la que ha dominado nuestra manera de entender la vida, la ética y la educación desde hace más de dos mil años, y creo no equivocarme si afirmo que, a grandes rasgos, todavía sigue presente a nuestro alrededor.<sup>1</sup>

Hay otro aspecto que no tendríamos que olvidar y que ya anunciaba antes, que es también el resul-

<sup>1</sup> Y aprovecho para añadir que, a mi modo de ver, la obsesión actual por las *competencias* en la educación no es más que, de momento, el último capítulo de esta lógica metafísica de la cultura occidental.

tado de esta lógica metafísica, de esta lógica de la conceptualización, la normalización y la normatividad. Me refiero a la configuración *dualista* que opera, más o menos explícitamente, en nuestro lenguaje, y, por la misma razón, en nuestra manera de pensar, de actuar y de vivir. Como resultado de esta metafísica, la cultura occidental ha configurado el mundo a partir de oposiciones en las que uno de los dos términos (el primero) es el polo positivo y el otro (el segundo) el negativo, y este último tiene que ser sometido y juzgado según el primero. Alma-cuerpo, cielo-tierra, derecha-izquierda,<sup>2</sup> masculino-femenino, razón-pasión, profundidad-superficie, luz-sombra, científico-poético, actividad-pasividad, palabra-escritura, alto-bajo, absoluto-relativo, objetivo-subjetivo, realidad-ficción, etc.

No obstante, a lo largo de los últimos tres siglos, una serie de pensadores —filósofos, escritores, artistas, músicos...— han puesto en entredicho esta visión metafísica —que también es moral, porque toda metafísica siempre tiene un contenido moral— del mundo y han abierto una nueva perspectiva; han formulado una crítica radical del pensamiento metafísico y de la lógica dualista. Con

<sup>2</sup> En un sentido religioso.

todo, es cierto que resulta enormemente difícil dejar de ser metafísico, porque no es sencillo aceptar la realidad de la condición vulnerable, no es fácil vivir en un mundo en el que ya no hay puntos de referencia absolutos y aceptar que la condición humana se desprende de una vida finita, elegíaca, espectral. La lógica metafísica está tan sumamente integrada —in/corporada— en nuestra manera de pensar y de vivir que casi nadie se atreve a cuestionarla. Este es uno de los argumentos que, en cierto sentido, los metafísicos utilizan para defenderse. A saber, que todo posicionamiento antimetafísico ya es metafísico, y que, en consecuencia, no hay ningún tipo de posibilidad de salir de la lógica —y de la vida— metafísica. Pero esta argumentación, lejos de dar la razón a los metafísicos, lo que hace es dar la razón a los que no lo somos. ¿Por qué? Simplemente porque esta es una prueba de su absolutismo y de su peligrosidad, porque la metafísica es una filosofía que no admite oposición. Es una filosofía totalitaria. La crítica a la metafísica no es solo una crítica teórica o, mejor dicho, no es básicamente una crítica teórica, sino existencial. La metafísica es peligrosa para la vida.

Un posicionamiento contrario a la metafísica, como el que dibujo aquí, abre las puertas a la ética, porque solo en una filosofía, como la literaria, que

se declara crítica radical de la metafísica, la ética es posible, es vivible. Como veremos, la condición vulnerable necesita la ética, una ética que no sea entendida, de ninguna forma, desde el punto de vista de la incondicionalidad de los imperativos categóricos —que es como la piensa la metafísica y que, por lo tanto, la reduce a la moral—, sino desde la *responsividad*,<sup>3</sup> es decir, desde el perdón, desde la caricia, desde la vergüenza, desde la compasión y desde el consuelo. Desde esta perspectiva, defiendiendo la tesis de que los cuerpos vulnerables no pueden existir sin la ética, que ya no tendrá que entenderse en términos de normatividad, sino que a partir de ahora tendrá que pensarse como cuidado de sí y del otro, como responsividad. A diferencia de lo que escribió Kant, la pregunta ética ya no es «¿Qué debo hacer?», sino «¿Cómo puedo responder de forma adecuada a la interpelación del otro?».

Ya no podemos formular la pregunta ética como una pregunta. Hace falta un cambio de registro. Nos encontramos ante una demanda, un mandamiento, un ruego. La metafísica occidental ha sido

<sup>3</sup> Responsividad se opone tanto a normatividad como a intencionalidad. Tomo este neologismo de la filosofía de mi maestro Bernhard Waldenfels.

un pensamiento visual. Desde la teoría de las ideas de Platón hasta la filosofía de la mirada de Sartre, la vista ha dominado el universo metafísico. Por eso mismo, la metafísica no ha podido pensar la ética, porque, solo si se rompe con la centralidad de la mirada, la ética puede hacer su aparición. Si nos movemos en la «teoría» —*theorein*, ‘ver’—, el otro siempre aparecerá como una cosa, como un objeto, como un insecto, y aquí sí que tenía razón Sartre: «el infierno son los otros». Para que la ética pueda surgir, se necesitan la experiencia, el acontecimiento, la escucha, con todas sus ambigüedades, con sus claroscurios, no hay duda, pero una escucha, al fin y al cabo, que permita que aflore la demanda. Una demanda —que viene de fuera, quizás de lejos— de una presencia o de una ausencia, siempre de un espectro. Se trata de una demanda espectral que se escapa del significado, que no podemos explicitar de forma clara y distinta. Y entonces surge el interrogante más perturbador: ¿cómo podemos hacernos cargo de su —y de nuestra— condición vulnerable? ¿Cómo podemos estar a la altura de sus gritos de dolor, de su soledad, de su miedo? Solo vivimos una vez, vivimos *a la primera*, y no tenemos posibilidad de rehacer —ni de cambiar o mejorar— lo que ya hemos hecho. Situados bajo el pórtico del instante,

cada momento es de una perplejidad infinita. Este es el drama de la finitud, de una finitud que la condición vulnerable no hace más que expresar todavía con más fuerza, con más intensidad.

## 2

## LAS REGLAS DE DECENCIA

PUEDE PARECER TEMERARIO afirmar que hay una consecuencia de la concepción metafísica occidental; a saber, que la diferencia entre ética y moral queda borrada. O, aún más, que desde su perspectiva la ética y la moral son lo mismo. Y, si no lo son, la diferencia es irrelevante, puesto que la ética o bien se convierte en mero metalenguaje, en teoría de la moral, o bien no aporta ningún tipo de luz para comprender fenómenos de la vida cotidiana. Porque si Kant tenía razón y la ética tiene que responder a la pregunta «¿Qué debo hacer?», si la ética es imperativa y normativa, universal y categórica, entonces ¿qué sentido tiene establecer una diferencia entre la ética y la moral, más allá de entender la primera como una suerte de teoría de la segunda? En una moral metafísica, como es el caso de la de las costumbres de Kant, la ética está supeditada a la moral, que, a su vez, tiene que guiarse única y ex-